

en ellos la dulzura de los coloquios, por las razones que Platón le atribuye. Decía « que es propio de hombres comunes el recurrir en los festines á los tocadores de instrumentos músicos y á los cantores á falta de buenos discursos y diálogos agradables, con los cuales las gentes de entendimiento saben entrefestearse ». Varrón exige los requisitos siguientes en una mesa: « Que sean los congregados personas de presencia grata y de amena conversación, ni mudos ni habladores; nitidez y delicadeza en los manjares, y el lugar y el tiempo despejados. » No exige poco arte ni voluptuosidad escasa el buen trato de las mesas: ni los eximios filósofos ni los guerreros de memoria inmarcesible menospreciaron el uso y ciencia de las mismas. Mi fantasía dió á guardar tres á mi recuerdo, que la buena fortuna hizo para mí de dulzura soberana, en diversas épocas de mi edad florida. Apártame de tales fiestas mi situación actual, pues cada uno para sí provee la gracia principal y el sabor, según el buen temple de cuerpo y de espíritu en que á la sazón se encuentra. Yo que camino siempre pedestremente, detesto esa sapiencia inhumana que tiende á convertirnos en menospreciadores enemigos del cultivo de nuestro cuerpo: tan injusto considero el que los goces naturales contraríen, como el buscarlos sin medida. Jerjes era un fatuo, porque encontrándose envuelto en todas las humanas voluptuosidades, iba proponiendo un premio á quien se las descubriera nuevas; pero no es menos torpe quien prescinde de aquellas con que la naturaleza le brindara. Si bien no hay que seguirlas, tampoco se debe huirlas, basta sólo recogerlas. Yo las recibo con alguna mayor amplitud y delicadeza, y de mejor grado me dejo llevar hacia la pendiente natural. No tenemos para qué exagerar la vanidad de los placeres; de sobra se nos muestra y aparece á cada paso, gracias á nuestro enfermizo espíritu, extinguidor de alegrías, que nos las hace repugnar como también á sí mismo. Trata éste todo cuanto recibe como á sí mismo se trata, unas veces más allá y otras más acá, conforme á su ser insaciable, versátil y vagabundo:

Sincerum est nisi vas, quodcumque infundis, acescit ¹.

Yo, que me precio de abrazar tan atenta y particularmente las comodidades todas de la vida, en ellas no descubro sino viento cuando con intensidad las miro; pero el viento, más prudente que nosotros, se complace con el ruido y la agitación, conformándose con sus oficios peculiares, sin desear estabilidad ni solidez, cualidades que en modo alguno le pertenecen.

Dicen algunos que los placeres puros de la fantasía y lo

¹. Si el vaso no está limpio, cuanto en él vertéis se aceda. HORACIO, *Epist.*, 2, 34.

mismo los dolores, son los más intensos, como mostraba la balanza de Critolao ¹. Lo cual no es de maravillar, pues aquella facultad á su albedrío los elabora, teniendo para ello copiosa tela donde cortar: á diario veo de esta verdad ejemplos insignes, y deseables acaso. Mas yo, hombre de condición mixta y ordinaria, soy incapaz de morder tan por completo á ese sencillo objeto sin que pesadamente me deje llevar por los placeres presentes de la ley humana y general, intelectualmente sensibles, sensiblemente intelectuales. Quieren los filósofos cirenaicos que, como los dolores, también los placeres corporales sean más poderosos, como dobles y cómo de indole más justa. Gentes hay, Aristóteles así lo dice, que con estupidez altiva por ello se contrarían; otros conozco yo que por ambición hacen lo mismo. ¿Por qué no renuncian también al respirar? ¿Por qué de lo propio no viven? y ¿por qué no rechazan también la luz, en atención á que es gratuita, no costándoles invención ni esfuerzo? Que para ver los sustenten Marte, Palas ó Mercurio, en lugar de Venus, Ceres y Baco. ¿Buscarán, acaso, la cuadratura del círculo tendidos encima de sus mujeres? Yo detesto el que se nos ordene mantener el espíritu en las nubes, mientras sentados á la mesa permanecemos: no quiero que el espíritu remonte á regiones sobrenaturales, ni que se arrastre por el lodo, anhelo solamente que á sí mismo se aplique y que en sí mismo se recolecte, no que en sí se tienda. Aristipo no se ocupaba sino del cuerpo, como si no tuviéramos alma; Zenón no comprendía sino el alma, cual si de cuerpo careciéramos: ambos viciosamente aconsejaban. Cuentan que Pitágoras practicó una filosofía puramente contemplativa; la de Sócrates consistió en costumbres y en acciones, en toda su integridad: Platón halló un término medio entre las dos. Mas no lo dicen sino por hablar. El temperamento verdadero en Sócrates se reconoce: Platón es mucho más socrático que pitagórico, y le sienta mejor. Cuando yo baño, bailo, y cuando duermo, duermo; hasta cuando me paseo solitariamente por vergel ameno, si durante algún espacio de tiempo mis pensamientos llenaron ocurrencias extrañas, durante otro los vuelvo al paseo, al vergel, á la dulzura solitaria, y á mí, en fin.

Cuidó maternalmente naturaleza de que las acciones que para nuestras necesidades nos impuso, nos fueran al par placenteras; á ellas nos convida, no solamente por razón, sino también por apetito: es injusto corromper sus reglas. Cuando veo á César y á Alejandro en lo más rudo de sus labores gozar tan plenamente de los placeres humanos y corporales, no digo que aflojan su alma, sino que á la rigidez la encaminan, sometiendo por vigor de ánimo á las cosas de la vida ordinaria aquellas violentas ocupaciones y

V. CICERÓN, *Tusc. Quæst.*, V, 18.

laboriosos pensamientos : prudentes si hubieran creído que ésta era su ordinaria ocupación y aquella la extraordinaria ¡ Todos somos locos de remate ! « Ha pasado su vida en la ociosidad », decimos : « Hoy nada hice. » ¡ Pues qué ! ¿ no habéis vivido ? Esta no es solamente la fundamental, sino la más relevante de vuestras labores. « Si se me hubiera adiestrado en el manejo de las empresas magnas, dicen habría puesto de relieve de cuánto era capaz. » ¿ Habéis sabido meditar y gobernar vuestra vida ? pues realizasteis de entre todas la mayor de las humanas obras ; para que naturaleza se muestre y ejecute, el acaso en nada tiene que intervenir ; igualmente aparece aquélla en todos los estados sociales, y así tras el telón como sin él. ¿ Supisteis elaborar vuestras costumbres ? pues hicisteis más que quien libros elaboró ; ¿ fuisteis diestro en el descansar ? pues realizasteis mayores hazañas que quien se apoderó de imperios y ciudades.

La más eximia y gloriosa labor del hombre consiste en vivir á propósito como Dios manda ; todas las demás cosas : reinar, atesorar, edificar y otras mil, no son sino apéndices y adinículos, cuando más. Me complace el ver á un caudillo al pie de la brecha, que al punto va á atacar, prestarse luego, íntegramente, á sus necesidades ordinarias, al comer y al conversar entre sus amigos ; y á Bruto, conspirando contra él la tierra toda y juntamente contra la libertad romana, reservar á sus revistas nocturnas algunas horas para leer y compendiar á Polibio con tranquilidad cabal. Á las almas pequeñas, anquiladas por el peso de los negocios correspondé el ignorar diestramente desenvolverse, y el no saber echarlos á un lado para luego volver á la carga :

O fortes, pejoraque passi
Mecum saepe viri ! nunc vino pellite curas :
Cras ingens iterabimus æquor ¹.

Ya sea bróma ó realidad lo de que el vino teologal y sorbónico se haya trocado en proverbio, y lo mismo los festines sorbónicos y teologales, considero yo razonable que de él almuercen con tanta mayor comodidad y regocijo cuanto más sería y útilmente ocuparon la mañana en los ejercicios propios de su escuela : la conciencia de haber empleado bien las demás horas constituye un sabroso y justo condimento de las mesas. Así vivieron los filósofos : y aquella virtud ardorosa que en uno y otro Catón nos admira, aquel carácter severo hasta la importunidad, se sometió blandamente, y se complació á las leyes de la humana condición, á Venus y á Baco, conforme á los preceptos de la secta á que pertenecían, que soliciten la perfección pru-

¹ Bravas gentes que conmigo habéis atravesado frecuentes y duros tranques, ahogad las penas en el vino : mañana nos lanzaremos de nuevo en el inmenso mar. HORACIO, *Od.*, I, 7, 30.

dente, tan experta y entendida en el ejercicio de los placeres naturales como en todos los demás deberes de la vida : *Cui cor sapiat, ei et sapiat palatus* ¹.

La facilidad y el abandono sientan mejor, al par que honran á maravilla, á las almas fuertes y generosas : no creía Epaminondas que destruyera el honor de sus gloriosas victorias ni las perfectas costumbres que le gobernaban el mezclarse en las danzas de los muchachos de su ciudad, cantando y tocando con ejemplar esmero. Entre tantas señaladas acciones como llenaron la vida del primer Escipión, personaje digno de ser considerado como de celestial estirpe, ninguna le muestra con mayor encanto que el verle al desgaire é infantilmente divertirse, cogiendo y escogiendo conchas y jugar al recoveco con Lelio, á lo largo de la playa ; y cuando el tiempo no era grato entretenido y divertido con la representación por escrito para el teatro de las acciones humanas más vulgares y bajas : llena estaba mientras tanto su cabeza con aquellas empresas grandiosas de Aníbal y de África, al par que visitaba las escuelas de Sicilia y frecuentaba las lecciones de la filosofía hasta armar los dientes de la ciega envidia de sus enemigos romanos. Admirable es en la vida de Sócrates el que siendo ya viejo, encontrara razón de que le instruyeran en las danzas y en el toque de instrumentos músicos, considerando su tiempo como bien empleado. Á este filósofo se le vió extasiado, de pie durante todo un día y una noche, frente al ejército griego, sorprendido y encantado por algún profundo pensamiento : entre tantos hombres valerosos como entre aquellos hombres había, fué el primero en lanzarse al socorro de Alcibiades, abrumado de enemigos, resguardándole con su cuerpo y arrancándole del tumulto á mano armada ; en la batalla deliena se le vió levantar y salvar á Jenofonte, lanzado de su caballo ; y en medio del pueblo ateniense, ultrajado como él de un tan indigno espectáculo, socorrer el primero á Terameno, á quien los treinta tiranos conducían á la muerte mediante sus satélites, no desistiendo de esta arrojada empresa sino por la oposición de Terameno mismo, aun cuando él no fuera acompañado en junto más que de dos personas : viósele, asediado por una belleza de quien estaba enamorado, mantenerse severamente abstínente ; viósele lanzado constantemente en los peligros de la guerra, hollando el hielo con los pies desnudos ; llevar el mismo vestido en invierno que en verano ; exceder á todos sus compañeros en las fatigas del trabajo ; comer con frugalidad idéntica en el más suntuoso banquete que en la humilde mesa de su casa ; permanecer veintisiete años con invariable semblante, soportando el hambre, la pobreza, la indo-

¹ Al que el entendimiento le sabe bien, bien le sabe igualmente el paladar. CICERÓN, *de Finib. bon. et mal.*, II, 8.

cilidad de sus hijos, las garras de su mujer y, por fin, la calumnia, la tiranía, la prisión, los grillos y el veneno: Mas si á este mismo hombre invitaban á beber copiosamente, por deber de civilidad era también de entre los de la compañía quien á todos sobrepujaba; ni rechazaba tampoco el jugar á las tabas con los muchachos, ni el corretear con ellos sobre un palo á guisa de caballo, con gracioso continente; pues todas las acciones, dice la filosofía, sientan igualmente bien y honran al filósofo. Es justo y equitativo el que jamás deje de presentárenos la imagen de este personaje en todos los modelos y formas de perfección. Entre las vidas humanas hay pocos ejemplos tan plenos y tan puros, y á nuestra instrucción se daña proponiéndonos á diario los débiles y raquiticos, buenos apenas para una sola enmienda, los cuales nos echan hacia atrás, y son corruptores más bien que correctores. El mundo vive engañado: con facilidad mayor se camina por los bordes, donde la extremidad sirve de límite, parada y guía, que por la senda de en medio, amplia y abierta; es más cómodo proceder conforme al arte que según naturaleza, pero también es menos noble y menos recomendable.

La grandeza de alma no consiste tanto en tirar hacia lo alto ó en pugnar hacia adelante como en saber acomodarse y circunscribirse; como grande considera todo cuanto es suficiente, y muestra su elevación amando más bien las cosas medianas que las eminentes. Nada es tan hermoso ni tan legítimo cual desempeñar bien y debidamente el papel de hombre, ni hay ciencia tan ardua como el vivir esta vida de manera perfecta y natural. De nuestras enfermedades, la más salvaje es el menosprecio de nuestro ser.

Quien pretenda echar á un lado su alma, que lo haga resueltamente, si le es dable, cuando tenga el cuerpo enfermo, á fin de descargarla del contagio. Mas si esto no acontece, proceda contrariamente, asistiéndola y favoreciéndola, y no la niegue la participación de sus naturales placeres, complaciéndose con aquél conyugalmente; obre con moderación si es moderada, por el natural temor de que los goces no se truequen en dolores. La destemplanza es peste de la voluptuosidad, y la templanza no es su castigo, es su condimento: Eudoxo, que en el extremo goce hacia consistir el soberano bien, y sus compañeros, que le imprimieron tan gran valía, saboreáronle en su dulzura más grata, mediante la medida, que en ellos fué ejemplar y singular.

Yo ordeno á mi alma que contemple el dolor y el placer con mirada igualmente moderada, *eodem enim vitio est effusio animi in lætitia, quo in dolore contractio*¹, y con firmeza idéntica; mas alegremente la una y severa la otra:

1. Pues es un mal análogo la efusión del alma por la alegría que su contracción por el dolor. CICERÓN, *Tusc. Quest.*, IV, 31.

*Moderación tanto en la alegría como en el dolor.
he aquí toda la sabiduría*

y en tanto que aquélla lo pueda procurar, tan cuidadosa de aminorar el uno como de agrandar el otro. El ver sanamente los bienes acarrea el ver los males del propio modo; el dolor tiene algo de inevitable en su blando comenzar, y la voluptuosidad algo de evitable en su fin excesivo. Platón los acopla, y quiere que sea el fin común de la fortaleza combatir al par contra el dolor y contra las encantadoras blanduras de los goces: dos fuentes son en las cuales quien se aprovisiona cuando, como y cuanto precisa, ya sea ciudad, hombre ó bruto, es cabalmente dichoso. Hay que tomar el primero como medicina y como cosa necesaria; pero en cantidad muy nimia; el segundo como quien la sed aplaca, pero no hasta la embriaguez. El dolor, el placer, el amor y el odio, son las acometidas primeras que siente un niño: si la razón naciente se aplica á gobernarlos, la virtud se engendra.

Para mi uso particularísimo, tengo un diccionario: cuando el tiempo es malo ó incómodo, me limito á pasarlo; cuando es bueno, no hago lo mismo, sino que lo gusto y en él me detengo: es preciso correr por lo malo y asentarse en lo bueno. Estos dichos familiares, «Pasatiempo» y «Pasar el tiempo», significan la costumbre de esas gentes prudentes que no piensan dar á la vida mejor empleo que el de deslizarla, huirla y trasponerla, apartándose de su camino, y cuanto de sus fuerzas depende ignorarla, huyéndola como cosa de indole enojosa y menospreciable; mas yo la conozco distinta, y la encuentro cómoda y digna de recibo, hasta en su último decurso, en el cual me encuentro; púsola naturaleza en nuestra mano, provista de circunstancias tales y tan favorables, que solamente de nosotros tenemos que quejarnos si nos mete prisa, escapándonosnos inútilmente; *stulti vita ingrata est, trepida est, tota in futurum fertur*¹. Yo me preparo, sin embargo, á perderla sin pesadumbre, mas como cosa de condición perdible, y no como algo pesado ó inoportuno; por eso no siento bien el condolerse de morir sino á aquellos que en el vivir se complacieron. Hay moderación en el gozarla, y yo la disfruto el doble que los demás, pues la medida del disfrute depende del más ó el menos en la aplicación que la procuramos. Ahora, principalmente, que advierto la mía de duración tan breve, quiero amplificarla en peso, quiero detener la rapidez de su huída con la prontitud en el atraparla y, mediante el vigor del empleo, compensar el apresuramiento de su pérdida: á medida que la posesión del vivir es más corta, precisame convertirla en más profunda y más plena.

Otros experimentan las dulzuras de la prosperidad y del

1. La vida del necio es ingrata y agitada, toda pendiente del porvenir. SÉNECA, *Epist.* 15.

contentamiento: yo las siento como ellos, pero no de pasada y deslizándome: es menester estudiarlas, saborearlas y rumiarlas para gratificar dignamente á quien nos las otorga. Gozan los demás placeres, como el del sueño, sin conocerlos. Con este fin, de que ni aun el dormir siquiera me escapase así torpemente, encontré bueno antaño que me lo turbaran, á fin de entreverlo. Contento conmigo mismo, lo medito; no lo desfloro, lo profundizo, y á mi razón, mal humorada ya y asqueada, lo pliego para que lo recoja. ¿Me encuentro en situación reposada? ¿algún deleite interior me cosquillea? pues no consiento que los sentidos lo usurpen, y á mi estado asocio mi alma, no para á él obligarla, sino para que con él se regocije; no para que allí se pierda, sino para que allí se encuentre; y por su parte la invito á que se contemple en tan alto sitio y de él pese y estime la dicha, amplificándola: así mide cuánto debe á Dios, por hallarse en reposo con su conciencia y con otras pasiones intestinas; por tener el cuerpo en su disposición natural, gozando ordenada y competentemente de las funciones blandas y halagadoras, por las cuales le place compensar con su gracia los dolores con que su justicia nos castiga á su vez. El alma mide cuánto la vale el estar alojada en tal punto que donde quiera que dirija su mirada, en su derredor el cielo permanece en calma; ningún deseo, ningún temor ni duda que puedan perturbarla; ninguna dificultad pasada, presente ni futura por cima de la cual su fantasía no pase sin peligro. Realízase esta consideración con el parangón de condiciones diversas: así yo me propongo bajo mil aspectos, cuantos el acaso y el propio error humano agitan é incluyen; y también éstos de mi más cercanos, que acogen su buena dicha con flojedad tanta de curiosidad exenta: gentes son que, en verdad, pasan su tiempo, sobrepujan el presente y cuanto está en su mano por servir la esperanza, merced á las sombras y vanas imágenes que la fantasía coloca ante sus ojos,

Morte obita quales fama est volitare figuras,
Aut quæ sopitos deludunt somnia sensus¹:

las cuales apresuran y alargan su huída al igual que selas sigue: y el fruto y última mira de este perseguiamiento es simplemente perseguir, como Alejandro decia que el fin de su tarea era de nuevo atarearse:

Nil actum credens, quum quid superesset agendum².

Así, pues, yo amo la vida, y la cultivo tal como á Dios

1. Como esos espectros que, según la voz común, ruedan en torno de los sepulcros, ó como los ensueños que turban nuestros sentidos cuando dormimos. VIRGILIO, *Eneida*, X, 641.

2. Creyendo que nada hay hecho mientras queda algo por hacer. LUCANO, II, 657.

plugo otorgármela. No voy lamentando el experimentar la necesidad de comer ó de beber, y me parecería errar de un modo no menos inexcusable, apeteciendo sentirla doble; *sapiens divitiarum naturalium quæsitore aserrimus*¹. Ni el que nos alimentáramos metiendo simplemente en la boca un poco de aquella droga con la cual Epiménides se privaba de apetito, sustentándose; ni que estúpidamente se procrearan hijos por medio de los dedos ó los talones, sino hablando con reverencia, que más bien se los produjera voluptuosamente con los talones y los dedos. Ni de que al cuerpo asalten deseos y cosquilleos: son todas éstas quejas ingratas é injustas. Yo acojo de buen grado y con reconocimiento cuanto la naturaleza hizo por mí; con ello me congratulo y de ello me alabo. Inferimos agravio á aquel grande y Todopoderoso Donador, rechazando su presente, anulándolo y desfigurándolo: como es todo bondad, óptima es toda su obra: *omnia, quæ secundum naturam sunt, æstimatione digna sunt*².

Entre las opiniones de la filosofía, abrazo de mejor grado las más sólidas, es decir, las más humanas y nuestras; mi discurso va de acuerdo con mis costumbres, bajas y humildes: y, á mi ver, aquélla hace una colosal niñada cuando se pone á gallear, predicándonos que es una feroz alianza la de casar lo divino con lo terreno, lo razonable con lo irracional, lo honesto con lo deshonesto: Que la voluptuosidad es cosa de indole brutal é indigna de ser por el filósofo gustada: Que el único placer que éste alcanza con el goce de una esposa hermosa y joven, es el mismo que su conciencia le procura al realizar una acción conforme al orden, como la de calzarse los botines para emprender una provechosa carrera. ; Así los que tal filosofía predicar no tuvieran más derecho, ni más nervios, ni más jugo en el desdoncellar de sus mujeres que en los principios que sientan!

No es ésa la doctrina de Sócrates, su preceptor y el nuestro, el cual toma, como debe, la voluptuosidad corporal, pero prefiriendo la del espíritu, como más fuerte, constante, fácil y digna. Ésta, en modo alguno, camina aislada, según él (pues no es tan visionario), es únicamente la primera; para él la templanza es moderadora y no enemiga de los goces. Dulce guía es naturaleza, pero no más dulce que prudente y justa: *intradum est in rerum naturam, et penitus, quid ea postulet, pervidendum*³. Yo sigo en todo sus huellas: confundímosla nosotros con rasgos artificiales,

1. El sabio, investigador infatigable de las riquezas naturales. SENECA, *Epist.* 110.

2. Estimable es todo lo que de acuerdo con la naturaleza practicamos. CICERÓN, *de Finib. bon. et mal.*, III, 6.

3. Hay que penetrar en lo íntimo de las cosas y observar pacientemente lo que su naturaleza exige. CICERÓN, *de Finib. bon. et mal.*, V, 16.

y ese soberano bien académico y peripatético, que consiste en vivir «según ella», por esa razón se convierte en difícil de limitar y explicar; y asimismo el de los estoicos, vecino de aquél, que consiste en «transigir con naturaleza». ¿No es error el considerar algunas acciones menos dignas porque sean necesarias? No me quitarán de la cabeza que no sea una convenientísima unión la del placer y la necesidad: con la cual, dice un antiguo, los dioses conspiran siempre. ¿Con qué mira desmembramos, á guisa de divorcio, un edificio cuya contextura y correspondencia permanecen juntas y fraternales? Por el contrario, anudémosle mediante oficios mutuos: hagamos que el espíritu despierte y vivifique la pesantez del cuerpo, y que el cuerpo detenga y fije la ligereza del espíritu. *Qui, velut summum bonum, laudat animæ naturam, et, tanquam malum, naturam carnis accusat, profecto et animam carnaliter appetit, et carnem carnaliter fugit; quoniam id vanitate sentit humana, non veritate divina*¹? Ningún fragmento indigno de nuestra solicitud en este presente que Dios nos hizo: de él debemos cuenta estrictísima, hasta de un cabello, y no es un quehacer de cumplido para el hombre el gobernar al hombre según su condición; es expreso, ingenuo y principalísimo, y el Creador nos lo confió seria y severamente. La autoridad puede sólo contra los entendimientos comunes, y pesa más cuando va envuelta en lenguaje peregrino. Recarguémosla en este pasaje: *Stultitiæ proprium quis non dixerit ignave contumaciter facere, que facienda sunt; et alio corpus impellere, alio animum; distrahi que inter diversissimos motus*²? Ahora bien, para experimentar, haceos predicar las fantasías y divertimientos que aquél ingiere en su cabeza, mediante los cuales aparta su mente de una buena comida y lamenta la hora que en reparar sus fuerzas emplea, y encontraréis así que nada hay tan insípido en todos los platos de vuestra mesa, cual esa hermosa plática de su alma (valdríanos mejor, las más de las veces, dormir por completo que velar por las cosas que velamos); reconoceréis que sus opiniones y razones son hasta indignas de reprimenda. ¿Aun cuando se tratara de los emajenamientos de Arquímedes, ¿qué valen ni qué significan? Yo no toco aquí, ni tampoco mezclo sino á la garrulería humana que nosotros formamos; la vanidad de deseos y cogitaciones que nos extravían. De sobra considero como estudio privilegiado el de esas almas venerables, ele-

1. El que como un bien sumo alaba la naturaleza del alma y como un mal menosprecia la naturaleza de la carne, ciertamente se aficiona carnalmente al alma y carnalmente se aparta de la carne; porque esto lo concibe con vanidad humana, no como una verdad divina. SAN AGUSTÍN, *de Civit. Dei*, XIV, 5.

2. ¿Quién no dirá ser cosa de locura, el hacer con reserva hipócrita lo que naturalmente se ha de hacer; impulsar en un sentido al cuerpo y en otro al alma, y andar solicitado por tan diversos movimientos? SENECA, *Epist.* 74.

vadas por ardor de devoción y de religión á la meditación constante y concienzuda de las cosas divinas, preocupadas por el esfuerzo de una esperanza vehemente y viva, á fin de encaminarse al eterno sustento, última mira y estación postrera de los cristianos anhelos, único placer constante é incorruptible, menospreciando el detenerse en nuestras comodidades miserables, fluidas y ambiguas, libertando fácilmente el cuerpo de la postura temporal y usual. Entre nosotros, las opiniones supercelestiales y las costumbres subterrenales, son cosas que siempre vi singularmente armonizadas.

Esopo, aquel grande hombre, viendo un día que su amo orinaba paseándose: «¡Cómo! dijo, ¿habremos de hacer lo otro corriendo?» Empleemos bien el tiempo, y todavía nos quedará mucho ocioso y desocupado: acaso á nuestro espíritu no satisfagan otras horas para llenar sus menesteres sin desasociarse del cuerpo en lo poco que para su necesidad precisa. Quieren colocarse fuera de sí y escapar al hombre; locura insigne, pues, en vez de convertirse en ángeles, en brutos se convierten; en vez de elevarse, se rebajan. Estos humores preeminentes me atemorizan como los lugares elevados é inaccesibles; y en la vida de Sócrates nada para mí es tan difícil de digerir como sus éxtasis y demonierías; ni en Platón se me antoja nada más humano que las razones por las cuales se le llama divino; y entre nuestras ciencias, aquellas me parecen más terrenales y bajas que á mayor altura se remontan; y nada encuentro tan humilde ni tan mortal en la vida de Alejandro, como sus fantasías en derredor de su deificación. Filotas le mordió diestramente con su respuesta, pues habiéndose ante él congratulado por escrito de que el oráculo de Júpiter, Ammón, le había colocado entre los dioses, le dijo: «Por lo que á ti respecta, recibo mucho contento; pero hay por qué compadecer á los hombres que tengan que vivir con un hombre y obedecerle, el cual sobrepuja y no se contenta con el nivel humano»:

Dis te minorem quod geris, imperas¹.

La gentil inscripcón con que los atenienses honraron la llegada de Pompeyo á su ciudad, se conforma con mi sentido: «En tanto eres dios cuanto como hombre te reconoces.»

Es una perfección absoluta, y como divina «la de saber disfrutar lealmente de su ser». Buscamos otras condiciones por no comprender el empleo de las nuestras, y salimos fuera de nosotros, por ignorar lo que dentro pasa. Inútil es que caminemos en zancos, pues así y todo, tene-

1. Poniéndote bajo el poder de los dioses, dominarás. HORACIO, *Oda*, III, 6, 5.

mos que servirnos de nuestras piernas; y aun puestos en el más elevado trono de este mundo, menester es que nos sentemos sobre nuestro trasero. Las vidas más hermosas son, á mi ver, aquellas que mejor se acomodan al modo común y humano, ordenadamente, sin milagro ni extravagancia. Ahora bien, la vejez ha menester aún de alguna mayor dulzura. Encomendémosla, pues, á ese dios de salud y de prudencia, para que á más de prudente y sana, nos la otorgue regocijada y sociable :

Frui paratis et valido mihi,
Latoe, dones, et, precor, integra
Cum monte; nec turpem senectam
Degere, nec cithara carentem¹.

7. Concédeme, hijo de Latona, este es mi ruego, el gozar de mis trabajos en buena salud y con sano juicio, sin afligirme con una vejez ajena al dulce canto de las musas. HORACIO, *Od.*, 1, 31, 17.

FIN DE LOS ENSAYOS

LA CORRESPONDENCIA DE MONTAIGNE

Las cartas de Montaigne deben formar el complemento natural de los Ensayos, y acompañan á éstos en casi todas las ediciones modernas. Bien que poco numerosas, bastan á dar una idea precisa de su manera epistolar, que en nada difiere del estilo de su libro, á excepción de las comunicaciones oficiales, que escribió siendo alcalde de Burdeos, por su naturaleza más rápidas y exentas de consideraciones filosóficas. Todas las del principio, menos la primera, son dedicatorias de los trabajos literarios de La Boétie (originales ó traducidos) á los personajes más relevantes del siglo, con el hermoso designio de mantener viva la memoria del amigo amantísimo. La segunda, dirigida á su padre, sin duda la más notable de todas, debe ser como un monumento considerada. En ella se hermana la tristeza más sublime y desoladora con la sencillez más ingenua; es imposible leerla sin que las lágrimas broten de los ojos, y sin que el corazón se oprima en el pecho cuantas veces se lee de nuevo. Todos los que de la correspondencia de Montaigne hablan, consideránla como un fragmento dignísimo de las antiguas literaturas. Las demás, aun cuando fueran como dedicatorias compuestas, no por ello dejan de ser epístolas familiares por la naturalidad con que en ellas se expresan los sentimientos más elevados de la humana naturaleza, sin oropeles ni afectación de ningún linaje. Las dirigidas á Enrique IV acreditan «la menuda y larga experiencia de Estado y Corte» de que hablaba el licenciado Cisneros¹ y también la posibilidad de la comu-

1. Véase la introducción del tomo I, página XLVII.